

REFLEXIONES ACERCA DE «FRONTERA» Y EL CRIOLLISMO

Cuando un libro llega al público con las marcas visibles de la celebridad y no bien frescos tintas prensiles y manejos editoriales, la edición es prácticamente arrebatada de los escaparates; cuando se da este caso tan desusado en nuestros ambientes, donde la producción vernácula es relegada por el exorbitante metequismo, entonces tenemos que disponernos a la credulidad, empezar a esperanzarnos y en primer lugar empezar a agradecer a este autor infinitamente milagroso, la chispa de confianza despertada.

Bastaría, para ocupar un buen puesto en las letras nacionales, el haber liberado de prejuicios a los estultos, tocado el hombro de los distraídos y hasta, en cierto modo, acallado la jauría de los que, a fuerza de atención, pierden la idea de conjunto.

Todo esto, y algo más, lo está llevando a cabo «Frontera». Eso sí, nadie ha obstado por la indiferencia y los artículos laudatorios, los comentarios desde campos parecidos u otros diametralmente opuestos, afluyen, alcanzando ya a formar volumen. Los poetas escriben, los novelistas escriben y hasta los que no escriben, escriben y muy modestamente estampan sus iniciales al final.

A causa del revuelo poco queda por decir que pueda enmullarse en las escasas columnas del artículo, a no ser los rápidos atisbos de quien pretende consignar alguna experiencia muy personal; por ese lado llegará, sin duda, a variantes que aún de espuria originalidad, serán consignadas como documentaciones expeditivas.

Después de leer «Frontera» sentí la imperiosa necesidad de escribir algo, ni siquiera un comentario, *algo*, tal vez una carta a su autor, carta que al fin de cuentas fué escrita y casi de inmediato destruída. Ahora, sin embargo, me pongo a consignar

algunas reflexiones y a agradecer en la forma más espontánea, los regocijos proporcionados por dicha lectura.

Instalado ya de noche en mi lecho, tomo un libro del velador; allí pongo mi apetecida provisión y antes de dormirme corto las páginas o me asomo, con la esperanza de entreverlo por anticipado, aunque sea en un rasgo. Sé el peligro que esto entraña y sé también su ventaja: les impongo un orden prioritativo, orden que con respecto a «Frontera» se convirtió en una tiranía. En fin, no me fué posible dejarlo, ni aquella noche, ni aquel día, ni otra vez, la noche siguiente. Y esto es lo mejor que puedo decir en su elogio, lo mejor y que a mi juicio convierte a su autor en un novelista nato.

Nunca me ha tentado el criollismo con sus desfiles parsimoniosos, rayanos en el friso abrumante, donde no he tocado el grosor racial y simple, sino perfiles tímidos, bajorrelieves en un conglomerado de actitudes accesorias. Pero esto era casi nuevo para mí. Había otra dimensión circulando por el libro; las figuras no estaban en actitudes pre-natales, amarradas a las páginas por un invisible cordón umbilical. Ellas se movían, vivas, con su aire ganado y caliente de sangre, por el clima sureño que, apenas descubierto, aquí exhalaba, murmurante, imponiéndose en una alusión por brechas mínimas de pájaros y olores, más que por insistentes descripciones. El paisaje y lo típico fluían de la acción, interviniendo sin presiones, junto al hombre que siempre está asistido por lo más ilimitado del universo.

«No hay que perder el mundo por el terruño». Y la frase que en boca de los detractores del criollismo suena conminativa, el autor la expone desde su antípoda con idéntico frenesí, aunque en forma demostrativa. Demostrativa de lo que puede hacer un artista utilizando con sabiduría sus recursos; eso es: dar la razón ejecutando lo contrario.

Es aquí donde «Frontera» gana sus mejores batallas. Siendo la más criollista de las novelas criollistas, se distiende hasta la forma universal del hombre de campo, que vive su rudimentaria

psicología rodeado de la exorbitante simpleza de lo natural.

Esto que tal vez aparezca como un contrasentido es obvio para quienes se detengan a delimitar la verdadera preocupación del criollismo, sea éste de su preferencia o no.

Estamos tratando de objetivar.

Es significativo el hecho de que un estilo literario hoy extendido a toda América hasta denominado, no sé si con razón, por quienes, de «estilo americano» (si es que dicho estilo existe) no haya promovido una profunda regentación de sus elementos, instaurando, como en todo arte que persigue la dignidad, sus propias leyes de conducta que alcancen a refrenar los vicios, el confusionismo anecdótico y microscópico; pecados todos cometidos a expensas de lo libérrimo sin acicate consciente.

Común cosa es ésta entre gentes del «género». Las manotadas al vacío abundan y el esfuerzo a menudo termina en garrulería botánica o mercaderil.

Abrimos una página de otro autor cualquiera y la sintonización lexicográfica, inútilmente exhaustiva, nos hace testimoniar necesidades por un procedimiento acumulativo, fiel pero de escasa veracidad, y hágase la diferencia. En este terreno los consignadores son implacables y la atención termina allí donde debió ser incrementada.

¡Delicado asunto, el entretenimiento ajeno!

Lo esencial debe ser dicho, el resto sugerido. Las argucias del escritor tendrán que dosificarse o en el mejor de los casos, silenciarse.

Selección: he aquí el asunto. El núcleo popular suele perderse en la superficie por arrestos casuales y meras repeticiones que subsisten en calidad de préstamo. Ardua e imprescindible labor es la de concisar ese núcleo emotivo, dejarse penetrar por la frase precisa, recién caldeada por el peso racial con un fuego que sigue subsistiendo en ausencia del sujeto; a diferencia de las otras que se comban, repiqueteando al paso de los arreos, compro-

metidas a un enlace con lo momentáneo y perdiendo en la distancia, el intento de reproducción, toda efectividad.

Nunca hubo pecado que con más fervor hubieran deseado cometer los novelistas, que el de emplear los vocablos de su pueblo. Pero ¡cuidado! aquí se empieza a bordear el precipicio. Luis Durand lo sabe, (¡gracias a Dios!) y antologa con mano confiada, guiado por una memoria inconmensurable y un natural olfato; se reencuentran así los hallazgos verbales, las bellas deformaciones idiomáticas, donde la raza se afinca y deja huellas perdurables. Por ellas, por ese territorio expresivo, vamos revoloteando, tensos y emocionados, en derechura a nuestra propia raíz y procedencia.

Luis Durand lo sabe, repetimos, y podemos decir de él que es un semántico enternecido.

Cimenta narraciones completas en base a tales hallazgos, haciéndonoslas gustar en un límite increíble de extrañeza y delicia. Tal es el caso de «Afuerinos», cuento donde la eficacia del gracejo y la liviandad socarrona llegan a su más nítida expresión; y tal es el caso de algunos personajes de «Frontera»: el Verde, por ejemplo, en cuya lengua traviesa cosquillea lo mejor del mosto verbal sureño.

Picando sus caballos al vuelo de sus haldas coloreadas o al anochecer entre brasas, bordoneos y cigarrillos chispeadores, estos hombres, estos Sanchos de nuestras razas, dejan afluir sus secreciones virginales desde las plantas de los pies donde descuidadamente se han adensado, en un tiempo fluctuante e imposible de calcular (abarca siglos), toda una sabiduría sentimental y regocijante. El alma efervece de unos choques íntimos y misteriosos y de la boca rústica salen, como inflados frutos que se desprenden en muchas direcciones, los apotegmas espesos y agridulces, la observación ingenua e ingeniosa y que apenas expresados ya deberán ser el patrimonio de lenguas vivas y ágiles.

Lo chileno se encuentra regulado, apuntalando el todo de

la novela y si lo «cuequil» o «guitarresco» también se encuentra allí de improviso, rezumando patriotismo es porque la humanidad de los personajes así la requiere, la verdad virtual de sus reacciones; de la misma manera que en un dieciocho de septiembre, anegados en borrachera patriótica, todos, todos deberán lanzar al cielo sus consabidos «viva Chile»... en compañía del inseparable y nada denigrativo *mote de Cambronne*. A la larga esto ha acabado por enternecer, ocupando un lugar válido en el acerbo lírico-psicológico del pueblo. Y no veo la causa de eliminarlo o de que ello vaya en detrimento de la tan deseada universalidad, pues de lo contrario Dostoiewsky hubiera enmudecido a sus sólidos mujics y el Chichikov de Gogol visto reducirse sus aventuras hasta el fastidio (para no hablar, en nuestra época del *slang* teatral predominante en la mayoría de las obras de O'Neil).

Así logra Luis Durand la plenitud, el drama, el color, la gracia y el movimiento, llenos de frescores y nostalgias que pueden ser emparentados con los de un Daudet o un Kipling. Me refiero a ciertas cumbres del libro, entre otras la de la infancia de Anselmo junto a su protector, en Angol, mientras aprendía el oficio en medio del trajín de dos razas que se acometían, la más indefensa claudicando, denigrada ante la usura y por una cantidad de aquel endiablado «jamaica» que no alcanzaba a hacerlos ni un día olvidadizos.

No se eluden los sucesos, el hecho, simultáneo y rápido; lo argumental no está aludido por bocas de terceros, lo que facilitaría la tarea, sino que procede, gozoso de enfrentarse con los acontecimientos, y el autor se estremece ante ello cumpliéndolo con una sensación de pluma fácil.

¡Qué lejos estamos de lo «literario» y que bienestar se experimenta! La sensibilidad es la que moldea el relato a su capricho. Tal vez por lo mismo me hayan resaltado algunas inconsecuencias en el carácter de Isabel, quien mantuvo su virginidad en sus primeros lances amorosos capitalinos, por un concepto de

estrictez moral, para después entregarse sin titubeos y con gozoso ímpetu a Anselmo, antes de la boda ya próxima. Claro que hay también la posibilidad de una intención secreta en el autor, intención que seguramente, y en tal caso, haya sido escamoteada hasta la invisibilidad.

Se describe, además, una entrevista de Anselmo con Cayul, el jefe mapuche, por medio de intérpretes, y varios capítulos adelante nos dice que cuando niño, Anselmo había aprendido el mapuche hasta la perfección. Pienso, sí, que dichos intérpretes, innecesarios a causa de esta última afirmación, cumplen allí un simbólico rol netamente protocolar, es decir, ritual.

Y al final, ¿por qué se desentiende de los hijos de Anselmo, hijos del amor y los únicos que debieron ocupar el vacío que dejaba Isabel? Apenas ese olvido, pues a la postre de tanta emoción penetradora, la novela los exige a cada momento, mucho más cuando el autor vuelve al problema de la paternidad presentándonos al hijo de Emilia.

Pero estos son detalles y la obra no está arquitecturada precisamente sobre ellos; se nos impone por otras cualidades que la hermanan a las grandes obras americanas, porque aquí se dignifica un género que estaba (salvo una o dos excepciones) en manos poco diestras.

Y aquí voy a dar por terminadas estas impresiones que nada agregan sobre un género valedero y distinto y sobre un libro, distinto y valedero dentro de lo que se ha producido en muchos años de literatura continental. Por dicho valimiento creo inútil anteponer gustos personales, encontrando desprovisto de sentido todo intento de afectación literaria negativa, actitud que muchos siguen encontrando como inestimable cuando están en presencia de un valor que no por diverso deberá ser antagónico.—MANUEL RUEDA.